

EL IMPERIO DESIERTO ❁❁❁ AQUEL MENDIGO DE LA PLAZA ESBEHIHEH

SGARIT  BIBLIOTECA DEL DESIERTO

El imperio desierto

Seguido de *Aquel mendigo de la plaza Esbehiheh*

Ramón Mayrata

CALAMAR EDICIONES

© Ramón Mayrata, 2008
Derechos cedidos a través de
Silvia Bastos, s.l. Agencia Literaria

COPYRIGHT DE ESTA EDICIÓN:

© 2008, Calamar Edición y Diseño, s.L.
Gran Vía, 69. 7ª Planta. 28013 Madrid
Tel.: 91 548 77 47. Fax: 91 548 77 48
E-mail: info@calamarediciones.com
www.calamarediciones.com

DISEÑO GRÁFICO:

Miguel San José Romano

FOTOGRAFÍA DE CUBIERTA:

© Christine Spengler
Bachir y Suelma, combatientes del Frente Polisario,
minutos antes de la batalla de Mahbes, 1981

ISBN: 978-84-96235-27-4

DEPÓSITO LEGAL: M-XXXXXXX

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
escrita de los titulares del «Copyright», bajo las
sanciones establecidas en las leyes, la reproducción
total o parcial de esta obra por cualquier medio
o procedimiento, comprendidos la reprografía y el
tratamiento informático, y la distribución de ejemplares
de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impresión: Fareso
Impreso en España – *Printed in Spain*

ÍNDICE

¿De dónde eres? A propósito de <i>El imperio desierto</i>	7
EL IMPERIO DESIERTO	11
I. Un encargo inesperado	13
II. La llegada	53
III. Marroquíes y polisarios	165
IV. Días en Madrid	241
V. El imperio desierto	315
AQUEL MENDIGO DE LA PLAZA ESBEHIHEH	369

¿DE DÓNDE ERES?

A PROPÓSITO DE *EL IMPERIO DESIERTO*

¿De dónde eres?

Últimamente me siento como si fuera de la Atlántida.

Oído en la calle.

Escribí *El imperio desierto* convencido de que se trataba de un libro necesario. Han pasado muchas lunas y he extraviado muchas de mis convicciones, pero esa no. Entonces aspiraba a preservar del olvido mi inesperada y misteriosa experiencia en el territorio, en un momento trágico de la historia española y, sobre todo, saharauí. Pero en cuanto mis dedos tantearon el teclado de la máquina –una Olivetti de picudas letras inglesas– me di cuenta de que ese deseo no era lo que me movía a escribir. Me impulsaba la perplejidad y el dolor que me había producido comprobar la inhumanidad de la política y, también, la esperanza de que la justicia no hubiera sido ahuyentada, para siempre, de aquel desierto.

Muchos años después, la herida sigue fresca. Entre 1975 y 1977, el rey de Marruecos ordenó un auténtico genocidio contra el pueblo saharauí mediante un dispositivo sistemático de liquidación y exterminio que incluyó bombardeos con napalm contra la población civil, asesinatos masivos, deportaciones, desapariciones, lanzamiento de presos desde helicópteros. Estoy convencido de que aquello que ocurrió en el Sáhara, la manera en que las grandes potencias y las pequeñas potencias regionales toleraron y, en algunos casos, alentaron el genocidio para impedir las aspiraciones

de los habitantes del territorio a la hora de regir su futuro, es uno de los rasgos que definen el extravío del mundo en el que vivimos: no existe proporción a la hora de utilizar la fuerza. Esa ausencia de límites es una amenaza latente, un constante ultimátum, que intimida por igual a todos los seres humanos, y su universalidad es la que puede otorgar a la novela un significado más allá de la situación histórica que la suscitó, que, por otra parte, ni está resuelta, ni ha sido sobrepasada.

Tardé mucho tiempo en concluir este libro, que esconde a sus espaldas al menos cinco versiones hasta adoptar su forma definitiva. Prescindió de la Olivetti y recurrí a la seca dureza de una Remington. Siendo de naturaleza autobiográfica los mimbres con los que la novela está trenzada, necesitaba la distancia suficiente —en realidad ironía— para que no se convirtiera en un libro de memorias, un reportaje, ni siquiera en una novela histórica. Deseaba que fuera una novela sin apellidos novela de descubrimiento y pérdida. El protagonista es un joven antropólogo que recibe el encargo de escribir la historia de un territorio que desconoce y del que existen escasas informaciones, pues se encuentra velado por la ley de secretos oficiales. No sólo experimentará el impacto candente de otra cultura, sino que además afinará sus convicciones y sentimientos ante la existencia. En ese sentido es una novela de iniciación a la vida, en la que un muchacho se ve sometido al fuego graneado de múltiples situaciones límite.

Aunque no sé si logré mi propósito, pretendí sortear un exotismo que me complace en los modernistas y me desagrada en los escritores posteriores. Creo que a ello me ayudaron mi trabajo en la Comisión de Estudios Históricos del Sáhara, que me obligó a profundizar en la cultura del territorio y, también, el proceso de aculturación que, por entonces, transformaba agudamente la sociedad saharauí y hacía añicos los tópicos acuñados con anterioridad. Pero intenté preservar como oro en paño la fascinación que producen los desiertos, que no es la fascinación precisamente de un paraíso, sino de una naturaleza dura y esencial que atraviesa un camino interminable. La cultura de sus habitantes que ha hecho posible la supervivencia en condiciones tan extremas me hizo apreciar su moderación, su ausencia de consumismo y ese orgullo que se confunde con la libertad, que sin duda ha contribuido a que hayan podido sostener una guerra desde hace más de treinta años, en condiciones de

notabilísima inferioridad material y numérica, y aunque no han logrado vencer, tampoco han sido vencidos.

En la novela no abundan el argot ni los modismos locales, pero en algunas de sus páginas intenté transfundir al español, como un aroma, las formas narrativas que, en aquel territorio donde no había existido la imprenta, escuché en los labios del poeta ciego Sidati uld Mamina o leí en el manuscrito del hermoso *Kitab al badiati (El libro del nomadeo)* del Cheij Mohammed el Maami.

A través de los ojos ávidos del joven protagonista intenté captar lo que había visto con mis propios ojos. A menudo recurrí a los cuadernos de notas que tomé en el territorio, pero nunca olvidé que estaba escribiendo una novela, es decir, construyendo un mundo ficticio, imaginativo, cuya verosimilitud dependía de sí mismo y no de las referencias a aquello que había vivido. Aun siendo así, la ficción no nos preserva del todo de los fantasmas de la realidad. Cuando llegó el momento de la publicación, resultó imposible convencer a algunos lectores hambrientos de una realidad que no es la de la literatura, que los personajes no eran reproducciones in vitro de alguien concreto, sino que eran una sustancia obtenida mediante sublimación de los rasgos de diferentes modelos.

A medida que pasaban los años, yo también franqué la frontera entre la realidad y la ficción. Por entonces había confinado en el garaje la Olivetti y la Remington y acababa de estrenar mi tercera computadora. Un día recibí un correo electrónico en el que preguntaban por el autor de *El imperio desierto*, al que daban por muerto. La velocidad de nuestra época dirige nuestra visión como las bengalas trazadoras en un cielo nocturno. Los autores, como los libros, apenas reposamos unos instantes en la mesa de novedades antes de desaparecer.

Pero lo que existe es vulnerable a lo que no existe. La nada, como la transparencia del cristal en el aire, injerta en la realidad un enigma que hay que descifrar. La obra de un escritor es el largo camino que regresa, entre digresiones y rodeos, a las sencillas e intensas preguntas que conmovieron su corazón alguna vez. Muchas veces me he identificado *con el hombre de piel negra que, cubierto con un guardapolvos azul y unos pantalones rojos, barría inútilmente las escaleras de entrada del edificio del Gobierno General en El Aaiún. Se empeñaba en amontonar la arena en el*

trozo de acera, pero ésta volvía a ascender los escalones casi instantáneamente, resbalando sobre las botas negras de los centinelas.

Ahora que el libro se vuelve a publicar pienso que nada esencial ha cambiado en el Sáhara desde que lo escribiera. Y, desde luego, menos que nada, la justicia de las aspiraciones de sus habitantes a vivir libres e independientes. Aunque pretendí escribir una novela más universal que local, más ceñida a las preocupaciones de cualquier hombre que al gusto por el costumbrismo, he de decir que el Sáhara ha sido crucial en mi vida y, cuando cierro los ojos, las imágenes que conservo de él en la memoria son las más frescas junto a algunas de la infancia. Casi todos los hombres poseemos algunas imágenes como éstas. No son imágenes buscadas, sino encontradas que salvándose del desgaste de la vida se guarecen en la memoria. Si nos fijamos bien notaremos que éstas surgieron en momentos de nuestra existencia prodigiosamente libres, no para soñar, sino para admirar con intensa atención y ojos bien abiertos el mundo que nos rodeaba. En el desierto he creído experimentar el consuelo de un sorbo fresco, aunque amargo, de verdad. La patria de ese pueblo, despojado de patria, es su verdad. A mi juicio ha llegado a ser una patria verdadera. Y ese es un enigma que aún no me he explicado del todo.

Zamarramala, octubre 2008

EL IMPERIO DESIERTO

LIBRO PRIMERO

UN ENCARGO INESPERADO

I

La propuesta

Llegó al Sáhara en la primavera de 1974. Nada sabía de aquel territorio. En realidad, nadie sabía nada. Ocho años antes, el Gobierno español había declarado secreto oficial cualquier información sobre el lugar. El decreto había funcionado sobre aquel pedazo del mapa de África como un eficaz cerrojo. Sin embargo, le habían encargado escribir una historia del territorio. No existía ninguna. Una historia que debía abarcar desde la prehistoria hasta nuestros días y que serviría de libro de texto en las escuelas cuando aquel país fuese independiente.

Todo ello era fruto de la casualidad. Jamás se le hubiera pasado por la cabeza recibir un encargo de esa naturaleza cuando, por primera vez, atravesó la puerta giratoria de la agencia UVE, en Madrid, en busca de trabajo. Poco antes había regresado de Londres, en donde concluyó sus estudios de antropología, interrumpidos un par de años atrás, a causa de un expediente por motivos políticos.

Al principio intentó ejercer su nueva y flamante profesión. Para un antropólogo, España era un país tentador. Aún podían apreciarse formas de vida ancestrales, reducidas al recuerdo en el resto de Europa. Aunque, también, se hallaban en trance de desaparición. En los últimos años, el país se había descoyuntado, intentando sacudirse su vieja condición rural. Millones de personas habían abandonado los campos y se apiña-

ban en ciudades improvisadas y provisionales. Ignacio Aguirre pensaba, ingenuamente, que el estudio de esas raíces, violentamente arrancadas, podía arrojar alguna luz sobre el inmediato y nebuloso futuro. Pero para la mayor parte de los españoles el recuerdo de las antiguas formas de vida era una pesadilla lacerante. Sólo tenían ojos para el porvenir, pues el presente era un áspero campo de deportación. Tan sólo la perspectiva de un porvenir radicalmente distinto conjuraba su atención y energías, y, en el fondo de sus corazones, abrigaban la esperanza de que ese porvenir destruyese cualquier vestigio del pasado, cuya presencia sentían como una maldición.

A los pocos días de su regreso, Ignacio visitó a su antiguo maestro, en la hermosa casa de la calle Alfonso XII, de paredes cubiertas por estanterías repletas de libros, sólo interrumpidas por los balcones, en los que se agitaban, como únicas cortinas, las temblorosas copas de los árboles de los jardines del Retiro. Su maestro le confirmó el diagnóstico.

—Tiene usted razón. Nuestro pueblo está dispuesto a olvidar, a hacer tabla rasa de su maldita historia. Ya le previne —le recordó— cuando me pidió aquellas cartas de recomendación para Inglaterra. Le dije entonces que los únicos conocimientos prácticos que obtendría serían unas depuradas maneras a la hora de tomar el té. Ya ve que no me he equivocado. Intentar ejercer la antropología en España es un desatino tan grande como evocar a un convaleciente los sufrimientos de su enfermedad. Por cierto, ¿desea usted otra taza?

—Sin embargo, don Ramón, el olvido puede acabar siendo sinónimo de ignorancia. ¿Qué porvenir es ese que se asienta en la imitación servil de los modelos exteriores y la ausencia de iniciativas propias?

—Desengáñese, amigo mío —le interrumpió don Ramón—. Nadie pretende aprender del pasado. Enterrarlo, sí. Y lo más hondamente que se pueda. No asistimos tan sólo a un éxodo del campo a la ciudad. Es un éxodo de los hábitos, ideas y creencias soportados durante siglos. No es extraño que el método elegido sea el de quemar las naves. Nadie desea que persista la menor posibilidad de retorno. Soy especialmente sensible a esta situación. No olvide que nací en el siglo pasado, en un mundo en el que el medio de locomoción más rápido era la diligencia y, en la noche, parpadeaban velas y candiles, pues no existía la electricidad. Yo ya

era adulto cuando estalló la guerra del 14 y asistí al hundimiento de una Europa decimonónica. A lo largo de mi existencia puedo enumerarle una lista interminable de transformaciones de las que he sido espectador. Desde la invención de la aeronáutica hasta el estallido de las vanguardias artísticas, el siglo no ha cesado de sobresaltarse. Y, sin embargo, nuestro país se ha mantenido durante ocho lustros a una imprudente distancia de todo ello. Ahora es necesario asimilar cien años de cambios en diez años apenas. Muchas veces, al hojear los periódicos tengo que sonreír. Imagínese: Freud o Picasso, por ejemplo, son aquí una novedad. Se les trata como a unos recién llegados. Pues bien, yo soy un anciano y, sin embargo, Freud podría haber sido muy bien mi abuelo, y Picasso, mi propio padre. No se ría, no. La situación es más bien dramática.

Aunque no renunció totalmente a su proyecto de ejercer la antropología, Ignacio decidió recurrir, para ganarse la vida, a las colaboraciones en la prensa. Un antiguo amigo de su padre, Luis Alcázar, era por aquel entonces jefe de internacional de la Agencia UVE.

—Tu padre me salvó la vida en una ocasión. Fue en Berlín, en el 43. Yo estaba allí de corresponsal. Él era el cónsul de España. Hubo un malentendido y me detuvieron por espía. Afortunadamente, tu padre intervino a tiempo. Se fue directamente a hablar con Goebbels. Si hubiera tardado unos minutos más, no estaría aquí.

Se trataba de un viejo falangista que seguía aferrado a su bigote de siempre y a la prensa oficial. A pesar de la deuda que decía tener con su padre, le miró desde el primer momento con desconfianza. Dos centímetros más de pelo producían auténtico nerviosismo en aquel edificio. Pero las recomendaciones desencadenaban un proceso automático de estímulo/respuesta. Alcázar se tomó su caso a pecho. Tal vez necesitaba demostrarse a sí mismo que aún conservaba cierta influencia. El poder de los franquistas añejos se iba restringiendo como consecuencia del relevo de una nueva generación de jóvenes más tibios, en su mayoría ligados al Opus Dei. Como no tenía ninguna vacante en la sección, removi6 hasta el último rinc6n de la agencia. Cada dos días le citaba para ofrecerle noticias.

—Deportes. Ahí puede existir alguna posibilidad. ¿Te gusta el boxeo? Empieza a documentarte. Puede que pronto tengas que desenroscar la pluma al borde del ring.

Entre tanto le confiaba traducciones de artículos de carácter científico. Al principio, Ignacio los vertía al español escrupulosamente. Pero el tono pretencioso de los profesores de la Sorbona le cargaba. Optó por respetar el título e inventarse el resto, empleando como fuente de inspiración una rápida lectura del original. Su obra maestra, en este género de inconfesable ciencia ficción, versaba sobre *Nuevas investigaciones en la genética de los guisantes*. Le agradó que Alcázar apreciara el cambio.

—Últimamente —comentó de pasada—, los franceses escriben cosas más interesantes. Y además son más amenos. Aunque no dejan de sorprenderme las conclusiones a las que suele llegar la ciencia contemporánea. Son... ¿cómo te diría yo? Son un poco surrealistas. Surrealistas, sí, esa es la palabra exacta.

Ignacio estaba convencido de que sus artículos apócrifos contaban con un público adicto en los suplementos dominicales de los diarios de provincias y de Sudamérica. Casi le llegó a molestar que nadie notara la superchería.

Por aquel entonces había alquilado una buhardilla en la calle Lope de Vega, junto al convento de las Trinitarias, en el que se halla enterrado Cervantes. La casa era muy pequeña, pero también muy cómoda, pues el anterior inquilino, un ceramista alemán, había construido con sus propias manos los muebles, adaptados al trazado irregular y caprichoso. Sin duda, era un lugar ideal para escribir la novela con la que soñaba y de la que gustaba hablar a todo el mundo. Pero se conformaba con escribir, diariamente, cartas minuciosas, fantásticas y apasionadas a Manuela, quien, tras su marcha, se había quedado algunos meses en Londres, para acabar igualmente sus estudios. Sin Manuela como interlocutora, a decir verdad, tampoco hubiera tenido muchas cosas que contar. En aquel momento de su vida le bastaba absorber el mundo como una esponja. Había descubierto el amor, pero no la decepción de su término, ni, desde luego, ese milagro que permite que vuelva a reverdecer tras creernos para siempre tierra calcinada y baldía, mediante el cual los hombres empiezan a desconfiar de las impresiones demasiado evidentes y adquieren la dosis de ironía precisa, de distancia en su literal sentido etimológico, para atreverse a contemplar el mundo a través de la narración de una historia.

Sus ilusiones de escritor no se resolvían en el papel en blanco, pero provocaban en él un estado de ánimo desembarazado y libre. Era como una hoja al viento, a los vientos, a cualquier viento, precisamente cuando empezaba a constatar que las vidas de sus amigos y compañeros empezaban a definirse, a ajustarse a un carril único por el que transitarían las más de las veces hasta el final de sus días. En nombre de su vocación literaria estaba dispuesto a apuntarse a un bombardeo, lo cual no es mala actitud para conocer el mundo, aunque en ocasiones sintiera su existencia como algo irreal, carente de raíces, certezas y puntos de referencia. No sabía aún que los escritores maduran muy tarde, mucho más tarde que la mayoría de los seres humanos.

A pesar de que habían transcurrido tres meses desde su primera entrevista con Alcázar, éste no se daba por vencido. Seguía haciendo de la búsqueda de trabajo una cuestión de orgullo. Una mañana le citó, inesperadamente, en un restaurante, en lugar de en su despacho de la agencia.

—Tenemos algo que celebrar —le dijo por teléfono—. Al menos, yo así lo espero.

Esta segunda frase sonó casi patética.

Un par de horas después le encontró sentado en una mesa, al fondo del restaurante, dándose tironcitos en los puños de la camisa hasta cubrir por completo las muñecas. Vestía un traje de franela anticuado y en el pañuelo blanco, que sobresalía del bolsillo superior de la chaqueta, Ignacio descubrió un lunar oscuro y seco. Estaba más nervioso que él, quien al fin y al cabo era el que pretendía el trabajo. Ni siquiera contestó a su saludo.

—¿No tendrás inconveniente en viajar al exterior? ¿No es verdad?

Por segunda vez empleaba un tono que bordeaba lo patético. Le angustiaba una negativa.

—No se trata de una corresponsalía en el extranjero —aclaró, pero una tos ronca y punzante le interrumpió. Se llevó unos segundos el pañuelo a la boca—. Ya te dije que en mi sección por el momento no hay plazas libres. Es un puesto dentro del territorio nacional... en el Sáhara.

Extrajo una pitillera de piel y le ofreció un cigarrillo. Estaba liado a mano.

—Tal vez no te gustará. Me acostumbré a este tabaco porque es más fácil de almacenar en grandes cantidades. En algunos países no hay buen tabaco negro.

Era una picadura funesta. Tras la primera bocanada, Ignacio apagó el cigarrillo. Miró a Alcázar con profunda atención. Aún no era capaz de escribir novelas, pero sí de imaginarlas. La alusión al Sáhara había desencadenado en su cabeza una interminable caravana de imágenes con la magnificencia de *Las mil y una noches*. El pálido rostro de Alcázar temblaba.

—Estoy seguro de que no me vas a defraudar, Ignacio, después de lo que me ha costado encontrarte este puesto —hizo una seña al camarero—. Te recomiendo la ventresca de merluza, la de De la Riva tiene fama en Madrid.

—Como quieras. Pero si te parece, sigue hablando del Sáhara. Estoy ansioso por...

—¿No vas a tomar primer plato? Ten la carta.

—Tomaré lo mismo que tú.

—Te voy a ser sincero, Ignacio. Según tengo entendido, la situación en aquel territorio es complicada. Me aseguran que no se puede hablar exactamente de una guerra, pero nuestro ejército sufre un continuo hostigamiento en las zonas fronterizas. Me siento obligado a advertírtelo por la amistad que me une con tu padre.

—¿Hostigamiento? ¿De quién?

Alcázar se encogió de hombros. Luego alcanzó su copa de vino.

—Los mejores años de mi vida transcurrieron entre bombas. No, no te extrañes de lo que digo. Primero, nuestra guerra. Luego, París y Berlín durante la Segunda Guerra Mundial. A Berlín llegué en el cuarenta y uno. Los bombardeos empezaron poco después. Uno se acostumbra fácilmente a las bombas. Por lo demás, los alemanes se comportaban con una frialdad envidiable. La guerra no se notaba. Pero confería a la vida una tensión especial, que nunca más he logrado sentir.

Un nuevo acceso de tos se encaramó sobre sus palabras.

—La paz me recuerda a la poliomielitis —prosiguió—. ¿Te parece que pidamos otra botella de vino?

—¿Cuál será mi cometido en el Sáhara?

Alcázar acarició con las yemas de los dedos el mantel.

—Tengo entendido —insistió Ignacio— que toda información sobre aquel lugar está sujeta a la ley de secretos oficiales.

—¡Ah! Claro, claro. Pero eso a ti no te afecta. Además es muy posible, yo diría que casi seguro, que en los próximos meses se derogue esa disposición.

—Y ¿mientras tanto?

—Te repito que eso a ti no te afecta. No se trata de un trabajo estrictamente periodístico. Créeme que he hecho todo lo posible por incorporarte a la agencia. Incluso llegué a pensar en ti para nuestra delegación en El Aaiún.

—¿Tenéis una delegación allí? ¿Para qué? ¿No está prohibido informar?

—Al fin y al cabo es una provincia española y estamos obligados a mantener nuestra presencia aunque, como tú dices, esté prohibido informar.

—Es una situación francamente curiosa.

—Y que a ti te ha favorecido. Al frente de la delegación se encuentra desde hace muchos años un periodista de origen italiano. Un tal Gatti, Angelo Gatti.

—Y ¿pretendías mandar a otra persona?

—No os entiendo a los jóvenes de hoy. Siempre os preocupáis más por cuestiones generales que por vuestra propia situación —se encogió de hombros, una vez más, y prosiguió—. Te decía que el tal Gatti lleva mucho tiempo sin enviar un solo despacho. Es lógico y nadie se lo reprocha. Pero en cuanto se levante el secreto oficial sobre el territorio nos veremos obligados a competir con otros medios de información. La dirección de la agencia estima que tal vez Angelo Gatti no sea la persona adecuada.

Pronunció esta última frase con tristeza, como si hablase de sí mismo.

—¿Y tú pensaste en mí?

—En un principio sí. Aunque nominalmente Gatti seguiría al frente de la delegación. Al menos por ahora. Lleva muchos años allí y, necesariamente, tiene que ser un buen conocedor del territorio. Sin duda sigue siendo útil. Pero la dirección de la agencia prefiere incorporar savia nueva. Por eso te propuse a ti.

—¿No aceptaron?

—Todas las cuestiones relacionadas con el Sáhara pasan directamente por la Presidencia del Gobierno. Cuando leyeron tu currículum les llamó la atención tu profesión.

—No entiendo.

—Sí, la antropología o como demonios se llame. Era lo que andaban buscando.

—¿Un antropólogo?

—Eso es. Parece que están firmemente decididos a dar la independencia al territorio. Ya sabes, por las presiones de la ONU. Pero se han encontrado con que no existe ningún libro de texto que recoja la historia del Sáhara. En un país independiente tienen que estudiar su propia historia en las escuelas. Y eso es lo que quieren que tú hagas. Una historia del territorio para uso de los nuevos saharianos.

—Me parece que se llaman saharauis.

—Bueno, pues saharauis. Lo cierto es que han tardado en decidirse. Tus antecedentes políticos no son una buena carta de recomendación.

—¿No tenían otro a mano?

—Esa profesión no existe en España. De todos modos, la opinión de Ramón del Valle ha sido determinante. En un principio se dirigieron a él para que se hiciera cargo del trabajo. Pero se disculpó pretextando que estaba ya muy viejo para emprender una aventura como ésa. Y sugirió tu nombre. Aseguró que eras discípulo suyo y que tiene en ti puesta toda su confianza. Como puedes ver, escucharon tu nombre por dos cauces distintos.

—¡Una historia del Sáhara!

Alcázar extrajo un papel.

—Sí. Desde la prehistoria —leyó tras calarse las gafas— hasta nuestros días.

—¡Ah! Y ¿cuándo tengo que empezar?

—Inmediatamente. Por lo visto, la independencia es cosa hecha —Alcázar se despojó de las gafas y clavó en él sus ojos enrojecidos—. Entonces, ¿les digo que sí?

—Sí, sí, ¡claro!